

Juan Manuel de Prada

Las máscaras del héroe



Novela coral y crónica literaria de toda una época, *Las máscaras del héroe* es un retrato de la bohemia madrileña de principios del siglo XX. Sus protagonistas son los fracasados de la literatura, aquellos que empeñaron su vida por su vocación hasta llegar a morir vacíos de tinta o de sangre. Sobre el aguafuerte de la Historia, Juan Manuel de Prada entreteje las existencias atormentadas y sonámbulas de sus mil y un personajes, entre los que destacan Fernando Navales, nihilista y canalla, y su «álter ego», Pedro Luis de Gálvez, aquel bohemio que prefirió enmascarar su heroísmo con los disfraces del desgarró y la truhanería, antes de habitar el cielo de las mitologías. Galardonada con el Premio Ojo Crítico de Narrativa de RNE, ésta es una obra sin concesiones, negrísima y magistral, que mezcla la precisión del dato con metáforas deslumbrantes y que consagró, tal como afirma Pere Gimferrer en el prólogo, a un «poderoso estilista» con «un genuino talento de narrador». Una novela inabarcable como la vida que nos reconcilia con el placer de la lectura.

A mi abuelo Juan Manuel, profesor de Genética.

No habría que describir minuciosamente al hombre más importante de su época, o señalar a los más célebres del pasado, sino narrar con igual preocupación las existencias únicas de los hombres, tanto si fueron divinos, mediocres o criminales.

MARCEL SCHWOB

AGRADECIMIENTOS Y ADVERTENCIAS

Los libros los escribe quien figura en la portada, o sus negros, pero ayudan a escribirlos otras personas que no merecen la recompensa avara del anonimato. Las máscaras del héroe no habría sido posible sin los madrugones y sufrimientos de Lñaqui, que además me facilitó las localizaciones geográficas, y también cierto equilibrio mental y cierta confianza ciega en mis posibilidades. A Luis García Jambriña debo, entre otros tesoros, el acicate de la amistad y la cordura. Gracias a don Mariano Herrero pude elucidar las postrimerías de Gálvez; gracias a él, descubrí el hondo civismo de aquellas generaciones que crecieron con la República y fueron apabulladas con lo que vino después: pese a los años que nos separan, creo que congeniamos bastante bien. Una simple conferencia telefónica bastó para que José Luis Melero, en quien se juntan bibliofilia y generosidad, me fotocopiara tres obras rarísimas de Pedro Luis de Gálvez; ahora que ya lo conozco, puedo certificar que tengo en él a uno de mis lectores más entusiastas y apostólicos. Don Alberto Escudero Ortuño me proporcionó las peripecias psiquiátricas de Armando Buscarini, que yo luego he falseado en esta novela: a quienes deseen conocer la biografía de este niño poeta los remito a mi semblanza *Armando Buscarini o el arte de pasar hambre* (AMG Editor, Logroño, 1996). Si Andrés Trapiello no existiera, habría que inventárselo: aunque todavía no me haya invitado a un café, me ha regalado conversaciones inolvidables y muchos en-

decasílabos. Y cómo dejar de lado a Luis Alberto de Cuenca, que me emborrachaba de cócteles en Balmoral y me inspiró el título de esta novela. Gracias, sobre todo, a la legión creciente de mis odiadores: sin vuestro estímulo, quizás me hubiese quedado en el camino.

Un par de advertencias, para terminar, que a muchos se les antojarán superfluas (a mí también, pero conviene resaltar lo que parece obvio, aun a riesgo de incurrir en el pleonasmio). Fernando Navales, el antihéroe que se erige en narrador durante la mayor parte de este libro, nada tiene de mí (y menos las opiniones que expresa), salvo muchas horas de fatiga e insomnio: lo digo, porque, en este país, al punto de vista se le considera «solidaridad del autor con sus personajes». Por lo demás, *Las máscaras del héroe* no aspira a ser una historia fidedigna: el respeto minucioso por el pasado es una coartada que emplean quienes necesitan ocultar su mala prosa. Lytton Strachey comentaba, al referirse a Gibbon, que en sus escritos había algo que condicionaba el tratamiento del material e incluso la propia naturaleza de su obra, y que ese «algo» era el estilo. Si esta afirmación puede hacerse de un historiador, con mayor motivo de un novelista: *Las máscaras del héroe* no aspira a la verdad, sino a la recreación de la verdad. Con ello, no estamos afirmando que mentir y decir bellas falsedades sea la única misión del arte, como quería Oscar Wilde, sino que, con demasiada frecuencia, la verdad sólo encubre la falta de imaginación. Como dijo Marcel Schwob (y basta de citas): «El biógrafo no debe preocuparse por ser verdadero; debe crear, dentro de un caos, rasgos humanos».

Y ahora, lector, no sé a qué esperas para zambullirte en ese caos.

Salamanca-Zamora, mayo de 1996

I

DE PROFUNDIS

*Yo no sé si las leyes son justas
o si las leyes son injustas;
todo lo que sabemos los que estamos en la cárcel
es que el muro es sólido,
y que cada día es como un año,
un año de días muy largos.*

OSCAR WILDE

(Trad. de Jesús Munárriz)

[Carta de Pedro Luis de Gálvez a D. Francisco Garrate Peral, inspector de prisiones, fechada el 14 de octubre de 1908 en el Presidio de Ocaña. El texto no muestra mutilaciones ni tachaduras, tampoco la rúbrica que, por aquella época, los alcaides de las prisiones estampaban a modo de permiso o aprobación sobre la correspondencia reservada, por lo que deducimos que la presente carta llegó a su destinatario a través de un conducto especial que eludió los mecanismos carcelarios de inspección y censura (sólo así se explica la virulencia de algunos pasajes). Reproducimos a continuación el texto íntegro del documento, respetando las incursiones de Gálvez en el terreno de lo chusco, lo blasfemo o lo meramente patético.]

Muy Ilustre Señor:

Después de tantos meses de larga e infructuosa espera, he decidido a la postre escribirle yo (con la dificultad sobreañadida que el ejercicio de la pluma me impone, tales son los obstáculos y cortapisas que los esbirros de esta institución siembran en el camino de quienes, como yo, profesamos culto a las musas), esperando que, al recibo de la presente, su severidad se torne algo más benévola y su silencio algo más elocuente, como corresponde a un varón justo y de calidad, partidario de un alivio en las condenas y de un trato más amable a los reclusos. Y, francamente, me sorprende que un hombre tan magnánimo como usted, haya dado la callada por respuesta siempre que a él me he dirigido en demanda de atención o auxilio. De nada sirvió (y permítame aquí, señor, siquiera retóricamente, que afee su

displacencia) que le enviara, hace ahora dos años, un ejemplar de mi novela *Existencias atormentadas o Los aventureros del arte*, que tantos trabajos, entorpecimientos y berrinches me costó, pues hube de escribirla en la soledad del calabozo, donde toda incomodidad tiene su asiento. De nada sirvieron las peticiones de clemencia que, con mi conocimiento, algunos próceres de nuestras letras le dirigieron en fechas recientes. Como tampoco ablandó su corazón (queja, después de tantas decepciones, se me antoja de duro pedernal) el escrito que cientos de periodistas, acaudillados por don Miguel Moya, director del rotativo madrileño *El Liberal*, le dirigieron solicitando mi indulto. En verdad, en verdad le digo que ese silencio, lejos de ratificar la probidad debida en todo funcionario, no hace sino dibujar ante la opinión pública una imagen de su persona en exceso cruel; imagen que contradice el espíritu de nuestra época y que, en última instancia, desobedece aquel consejo que nuestro hidalgo inmortal dispensó a su escudero, después de que lo nombraran gobernador de la ínsula Barataria, y que, en resumidas cuentas, venía a decir que, cuando la justicia fuese dudosa, el juzgador debería inclinarse por la equidad, pues sólo actuando así se granjearía el favor de sus súbditos. Y no osaré yo añadir una sola palabra a las del manco de Lepanto, pues de sobra sé que cada una de sus reflexiones y aforismos los ha meditado y digerido usted sobradamente.

Permítame, en cambio, que lo ilustre con un resumen detallado de los mil y un avatares que han empujado mis huesos hasta este purgatorio de Ocaña, donde, si usted no lo remedia pronto, feneceré. Voy a empezar confesando (pues, ante todo, deseo sincerarme) mi culpabilidad. Prostrado aquí, en esta celda misérrima, vestido con un uniforme de arpillera, mugriento y lleno de desgarrones, infamado por los hombres y abrumado por el recuerdo, reconozco mi culpa. Me culpo, en primer lugar, de haber nacido, aunque quizá debiera culpar a los padres que me engendraron,

para deleite grosero de sus cuerpos, sin considerar que ese niño que iban a traer al mundo estaba predestinado a pasar hambre y penalidades sin cuento. Me culpo, y no me cansaré jamás de hacerlo, de haber nacido en el seno de una familia intransigente, que me privó de esa infancia medianamente feliz a la que todo hombre, por la simple razón de haber nacido, tiene derecho. Vine al mundo en Perchel, un barrio de Málaga, apenas un puñado de casitas blancas a orillas del Mediterráneo, con geranios floridos y persianas echadas en los balcones. Mi padre, un general carlista muy bravo, muy severo y muy católico que había sido expulsado del ejército (aunque todavía, en sus delirios, aspirase el olor de la pólvora y remembrara el fragor del combate), consumía una existencia sin más alicientes que el tedio, trabajando de cajero en una compañía al borde de la bancarrota, presenciando cómo la polilla le iba comiendo el lustre a su uniforme militar y cómo el moho iba ensuciando el filo de su espadón, antaño ahíto de sangre y hazañas. El dinero que llevaba a casa se revelaba insuficiente para las nueve bocas que había que alimentar (éramos siete hermanos, cada cual más tragón), así que nuestro padre empezó a estudiar la manera de deshacerse de una prole tan abundante. Las chicas se las fue endosando a una alcahueta, dueña de un taller de costura, para que les enseñara el oficio de modistas y ese otro oficio tan antiguo como la misma Humanidad; tanto empeño puso la mujeruca en la enseñanza, y tanta aplicación mis hermanas en el aprendizaje, que, con los años, arrojadas al lodazal de la vida, pudieron sobrevivir, alternando el cosido de sus agujas con el descosido de su virtud.

En cuanto a los hijos varones, descartada la carrera castrense (el baldón de un general derrotado se extendía a sus vástagos, a quienes se vedaba la entrada en el ejército), nuestro padre estimó que la mejor dedicación, la más descansada y favorecida, sería la eclesiástica. Fue así como, ya desde tierna edad, y por satisfacer las aspiraciones un tanto

megalómanas de mi progenitor, que soñaba con verme al frente de una diócesis, coronado por una mitra y merendando torrijas y chocolate, ingresé en el seminario de Málaga, a la sazón regentado por unos padres jesuitas que me enseñaron la teología y los latines para mayor gloria de Dios y mayor escocedura de mis orejas, que recibían, cada vez que me equivocaba en una perífrasis verbal o en la enumeración de los coros angélicos, tan descomunales tirones y tan recia lluvia de garrotazos que, aún hoy, cuando se trama una tormenta, parece que las orejas me lo avisan con una especie de sobrecogimiento o principio de sabañones. Había en concreto un catedrático de latín, hombre rutinario y falto de sentido común, que, cada vez que me sorprendía despistado o trazando garabatos en la gramática, me zamarreaba las orejas con tanta disciplina y denuedo que, al concluir el castigo, me resbalaban por el cuello gotas de sangre, gordas como cuentas de un rosario; don Lorenzo, se llamaba aquel jesuita del diablo, a quien ojalá los gusanos hayan despachado en la tumba, pues sólo de evocar su nombre se me revuelven las tripas. Quiso la fortuna, sin embargo, que yo lo sorprendiera en labores poco piadosas, con lo que remitieron sus castigos, aunque no el tostonazo de sus clases.

Resultó que una de esas noches en que el bochorno y la inminencia de la pubertad no me dejaban conciliar el sueño, bajé a la capilla del seminario, por ver si el recogimiento de la oración me aquietaba los sofocos del espíritu; cuál no sería mi perplejidad al descubrir en la penumbra del altar a este padre Lorenzo de mis pecados, arrodillado ante una figura de la Virgen que allí se venera, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Victoria, figura que, según cuenta la leyenda, había sido modelada por los ángeles en los talleres del cielo (porque en el cielo también hay ángeles imagineros, y aun imaginarios) y donada milagrosamente a los Reyes Católicos, en una de sus visitas a la ciudad de Málaga. Ahora bien, no se crea usted que el noctámbu-

lo jesuita se había arrodillado por venerar la imagen, no señor; lo que hacía el muy bellaco, según comprobé enseguida, tan pronto como mis ojos se acostumbraron a la exigua luz del sagrario, era despojarla de sus vestiduras y sustituirlas por otras más mundanas y propias de barragana que de Madre de Dios, puesto que incluían camisas y corsés y enaguas de batista, con encajes y lazos de la más refinada coquetería. Y parecía sentir, a juzgar por el embeleso y la trémula morosidad que empleaba al vestir el maniquí sagrado, que la Virgen no tuviese las piernas separadas, para haberla podido pertrechar con medias de seda. Delatada mi presencia por los crujidos de la madera, don Lorenzo se escabulló en la sacristía, dejando en la estacada a Nuestra Señora de la Victoria con tan sacrílego atuendo. Yo mismo me encargué de deshacer el desaguisado, antes de que tocaran a maitines, y acordé con el depravado jesuita una respetable cantidad de beneficios académicos y materiales a cambio de mi reserva. Si ahora traigo a colación este nefando episodio con tanta minuciosidad no es —créame— por regodearme en la descripción de las debilidades y pecados ajenos, sino por justificar esa aversión que profeso al clero (o, mejor dicho, a cierto clero, pues también me he tropezado con varones caritativos y temerosos de Dios entre los pertenecientes a este gremio, como luego se verá), aversión que, en su momento, expresé en libelos y alocuciones difamatorias que el tribunal que me juzgó consideró como agravantes de mi delito.

Así transcurrieron la última porción de mi niñez y el primer tramo de mi adolescencia, entre la exégesis de la teología tomista y la memorización de las declinaciones y los aoristos griegos; a las clases de latín, como tenía el aprobado en el bolsillo, comencé a faltar ostensiblemente, y, para distraer el ocio, me junté con una pandilla de pícaros de mi misma edad, eruditos en el estudio de la gramática parda, que es la única provechosa en la escuela de la vida, con quienes correteaba por la orilla del Guadalmedina, con el

cigarrillo en la boca (había aprendido a fumar, y de qué modo) y los libros abandonados sobre la hierba. Solíamos adentrarnos, a la búsqueda de pependencias y caricias mercenarias, en los barrios más retirados de la ciudad, Santo Domingo o la Trinidad, y allí, al aliento tibio de las tabernas y los burdeles, crecíamos, en compañía de truhanes y meretrices, olvidando las enseñanzas inútiles del seminario.

Llegado el estío, regresaba a la casa paterna, cada vez más acosada por las zarpas de la necesidad, donde se me dispensaban honores propios de un cardenal. Mi padre, a quien sólo llegaban de mí buenas referencias (de mis correrías por el Guadalmedina y mis subidas ala Trinidad y Santo Domingo nada sabía), ya se frotaba las manos imaginando la carrera fulgurante de su retoño, que, en imparable ascensión, me llevaría hasta la curia vaticana; proyectos que quizá (y perdóneme la inmodestia) se habrían cumplido de no haberse tropezado en mi camino una vecinita algo mayor que yo, de nombre Elisa, rubiales y generosa de carnes, a quien me gustaba avizaror todas las mañanas, por la mirilla de la puerta, cuando volvía de hacerle los recados a su madre y se agachaba en el rellano para dejar sobre el suelo la cesta de la compra, instante que yo aprovechaba para entrever bajo el escote sus senos apenas púberes que, sin embargo, ya contenían una promesa de opulencia. Después de aquella visión, fugaz pero enjundiosa, me encerraba en el retrete, a solas con mi niñez marchita, a solas con mi pecado, y a la imaginación me acudía, raudo como un facineroso, el fantasma del sacrilegio: casi inconscientemente, Elisa se me aparecía en el altar de la capilla del seminario, acurrucada en una hornacina de madera, con la camisa y las enaguas remangadas, cubriéndose las vergüenzas con unas manos pudorosas aunque, desde luego, nada virginales. Así, en la clandestinidad del retrete, supe que las aspiraciones de mi padre no se verían realizadas, y que yo no tardaría mucho en colgar los hábitos; ahora, casi quince años después, considero que más me habría valido ahor-

carme en mi celda de seminarista con cualquier soga o cordel que hubiese hallado, antes que padecer una existencia como la que padezco, sin más horizonte que el tragaluz de mi calabozo, y sin otra expectativa que la del encierro y la penuria. Pero es voluntad de Dios que el hombre nazca ignorante de su destino.

Gracias a mi hermana Frasquita, que compartía con Elisa una cierta amistad, pude llegar a intimar con la musa de mis pecados. Bajábamos los tres a la playa, en aquellas tardes casi sagradas del verano, a recoger conchas de nácar y a escuchar el rumor insomne y espiral de las caracolas marinas. Al lado de Elisa, contagiado por el bullicio de sus carcajadas y la tibieza dulce de su piel, saboreando la delicia de su charla y aun otras delicias que excluían la conversación, me olvidaba de los tirones de orejas padecidos y de mis trapisondas por tascas y lupanares. Elisa, vestida de blanco, me mostraba como por descuido un seno o un muslo que hubiese querido cubrir de caricias, y me pedía descuentos sobre mi vida en el seminario, mientras mi hermana Frasquita, a lo lejos, se burlaba de mí, me llamaba curita y me recordaba que los clérigos no pueden tener novia. Yo, entonces, sentía correr un escalofrío por el espinazo al recordar las aulas frías y oscuras, las celdas propicias al pecado en soledad, las horas malgastadas en el estudio, paseando los ojos indiferentes ante las páginas del Kempis, y me entristecía ante la proximidad de septiembre, asaltado por un vago malestar que enseguida se convertía en repugnancia. ¡Volver al seminario de los jesuitas! Cierto que allí me aguardaban el triunfo, la coronación de los afanes, la remuneración a tantas noches de vigilia, pero ¡cuán costosa era la renuncia! ¡Cuán dolorosa la separación! ¡Cuán larga la espera hasta que llegara otro verano que me devolviese los paseos por la playa y la compañía de Elisa!

Como el tiempo, ese gran contraventor del sentimiento humano, discurre más aprisa cuanto más deseamos aprehenderlo, vino septiembre en apenas un suspiro, y con

él vino mi desdicha. De vuelta al seminario, comencé a leer a escondidas, por el mero placer de infringir las ordenanzas religiosas, libros excomulgados o anotados en el *Índice*, como aquel de Eugenio Sue, *El judío errante*, que tanto influiría en mi opinión sobre la Compañía, pues me ayudó a comprender que el fin que persiguen los discípulos de San Ignacio de Loyola no excluye los medios más abominables. Había, entretanto, cumplido los catorce años, y los jesuitas, deseosos de familiarizarme con la liturgia, me habían agregado a la parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes, donde llegué a vestir la sobrepelliz en algunas ceremonias concelebradas. Allí, al arrullo de las salmodias, fortalecido por las notas de un órgano que ascendían entre nubes de incienso y sermones tediosos al cielo; allí, entre bosques de cirios y palabras que salían disparadas como piedras de los púlpitos, recibí el estigma del Arte, esa llama vigorosa, purificadora como aquella otra que el Espíritu Santo depositó sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, que definió ya para siempre mi vocación. Yo habría de ser artista, o ardería Troya.

No quise aguardar al verano para dar por concluida mi formación eclesiástica. Una noche en que la luna, oscurecida por trágicos nubarrones, auspiciaba mi deserción, escalé el muro que separaba el seminario de ese mundo multiforme, milagroso y redentor, que me recibió con los brazos abiertos, orgulloso de incorporar un nuevo cofrade a su hermandad de bohemios. Menos hospitalario y comprensivo resultó mi padre, que había depositado en mí toda su confianza para salvar del naufragio la maltrecha economía familiar; convencido de mi determinación, y viendo cómo, al colgar yo los hábitos, se disipaban los privilegios y prebendas que, como allegado a un futuro hombre de Dios, le iban a corresponder, quiso emular a mis antiguos maestros dispensándome un castigo que incluyó, amén de cachetes y pescozones y tirones de orejas y bofetadas y patadas en salva sea la parte (minucias, a fin de cuentas, a las que ya

estaba acostumbrado), un encierro de casi treinta días en la bodega de la casa, privado de visitas y alimentos, escarmiento que ahora se me antoja excesivo para un chiquillo a quien aún no asomaba la barba, y que a punto estuvo de enviarme al otro barrio.

Quiso mi naturaleza, sin embargo, resistir la reclusión y el ayuno, de manera que, transcurrido el mes de castigo, salí de la bodega, más canijo y desnutrido que cuando entré, pero igualmente dispuesto a colgar los hábitos. Esa misma tarde de mi liberación, sin tiempo para reponer fuerzas, enflaquecido y melenudo, bajé a la playa en busca de Elisa; no tardé en encontrarla, acompañada de mi hermana Frasquita, merendando manzanas sobre una barca varada. Ambas habían cambiado mucho desde el verano anterior: las noté más espigadas, más adustas (o adultas), más desdenosas también. Llevaban vestidos muy decentes (nada que ver con los de antaño, tan permisivos y escotados), con botonaduras hasta el cuello, y se protegían del sol con quitasoles de raso que sostenían con mucho melindre. Mordían las manzanas con una mezcla mal asumida de pudor y desparpajo. Les propuse reanudar los juegos del verano anterior, aquellas carreras que solían concluir entre revolcones y salpicaduras, pero se excusaron alegando que no querían manchar sus vestidos ni mojarse los zapatos. Elisa me lanzó una pulla, mientras mordisqueaba su manzana: «— ¿Es que todavía no te han enseñado que los curas no pueden juntarse con las chicas?». Envanecido, aproveché para contarles mi fuga del seminario y mi propósito firme de no recibir la tonsura. La noticia no pilló desprevenida a mi hermana, pero sí a Elisa, que no logró disimular un gesto de desagrado: «—Verás —se disculpó—, el caso es que íbamos a subir a la ermita, Frasquita y yo, para llevarle flores a la Virgen». El mar se iba desangrando sobre la playa, en olas perezosas, como lenguas de espuma a punto de extenuarse.

Yo me quedé allí, junto a la barca varada, con tres palmos de narices, viendo marchar a las muchachas, que, a